

La ilusión de que tenemos la capacidad de ver lo que será

Mary Anne Foley, CND

«Desposada con lo desconocido»: una frase tan hermosa que evoca el deseo de embarcarse en una emocionante aventura vital. Sin embargo, mientras ejerzo el liderazgo estos días, mi relación con lo desconocido a menudo se siente como un matrimonio concertado, uno que no he elegido, en el que no he tenido voz ni voto.

La frase me hace recordar mi primer año de enseñanza, hace ya tanto tiempo. Todavía recuerdo haber levantado la vista un día después de unas semanas y ver a todos esos pares de ojos de estudiante de segundo año de secundaria mirándome expectante, como si yo fuera el maestro, el que tenía las respuestas. Me sentía muy mal. Sabía que yo misma había estado sentada en una mesa muy parecida a la suya poco antes. ¡Hablando del síndrome del impostor!

Las cosas empeoraron unas semanas más tarde, el día en que una alumna me informó de que no podía resolver uno de los problemas de matemáticas que le había asignado. Cuando lo miré, al principio yo tampoco podía. Así que, con todo el (poquísimo) aplomo que pude reunir y con una oración de lo más ferviente, pregunté si alguien más lo había resuelto. Para mi alivio, una joven brillante lo había hecho y, en cuanto empezó a hablar, mi parálisis mental terminó y me salvé. Pero durante esos instantes, no saberlo me pareció el fin del mundo.

En cierto modo, todavía es así. Cuando nuestro equipo de liderazgo comenzó a discutir cómo abordar las necesidades de atención médica de nuestras hermanas en el futuro, sabía que se necesitaría investigación y consulta, así como un tiempo considerable para elaborar un plan, pero asumí con confianza que una vez que lo hiciéramos, simplemente sería una cuestión de implementarlo. Por supuesto, las cosas no han salido así, y no es sólo que haya intervenido una pandemia. Una y otra vez, el propio plan ha tenido que evolucionar a medida que cambiaban las circunstancias y las necesidades.

En todo esto parece que no puedo librarme de la idea de que yo debería tener más respuestas. Dudo que sea la única que se resiste a tener que tomar decisiones con y a veces por otros sin tener lo que parece ser el conocimiento necesario. Y no son sólo respuestas a preguntas concretas. En este momento de cambio sin precedentes, cuando hemos aprendido a tener miedo del aire que respiramos, muchas personas se encuentran atrapadas en una profunda incertidumbre.

Esto incluye a quienes, dentro de nuestras congregaciones, están ansiosas por saber hacia dónde se dirigen sus propias vidas, así como las de nuestras congregaciones, nuestra iglesia, nuestra nación, nuestro mundo. ¿No deberíamos las que estamos en el liderazgo ser capaces de ofrecer alguna tranquilidad, alguna promesa de un terreno más estable en el que apoyarnos? Quizá sigo esperando ser la maestra que tiene las respuestas. Tal vez necesite recordar lo que tardé en aprender, que una de las mayores alegrías de la enseñanza se produce cuando ninguno de nosotros está seguro de la respuesta y empezamos a «vivir las preguntas», en la memorable frase de Rilke, juntos

Mientras reflexionaba sobre estas cosas hace poco, me encontré con *Notas sobre la ceguera*, un impresionante documental estrenado en 2014 y ampliado posteriormente en un largometraje. Basándose en la banda sonora de las cintas de audio grabadas por el teólogo escocés John Hull 30 años antes, y utilizándolas, presenta e ilustra sus reflexiones a lo largo de un periodo de tres años tras quedarse totalmente ciego. Describe una época en la que pierde el sentido de sí mismo al verse abrumado por sentimientos de duda y de fatalidad inminente, desesperado por salir de su ceguera «hacia el mundo de la luz».

Con el tiempo, Hull empieza a abrirse a la realidad que le rodea de una forma nueva. Al hacerlo, descubre una belleza nunca antes imaginada mientras escucha la lluvia.

«La lluvia resalta los contornos de lo que te rodea, ya que introduce una manta de sonido diferenciado y especializado, ininterrumpido, que llena todo entorno audible».

Ante esa belleza, su percepción de sí mismo y de su lugar en lo que le rodea cambia: «En lugar de estar aislado, preocupado internamente, te presentas a un mundo, te relacionas con un mundo, te diriges a un mundo", un mundo, podríamos añadir, al que no tenía acceso cuando podía ver».

El descubrimiento de Hull de una nueva forma de estar en el mundo puede servir de guía a quienes luchamos con lo que no sabemos, con lo que no podemos ver. En cierto modo se hace eco del tema de la predicación de Pablo en Hechos 17 a los atenienses que adoran a un Dios desconocido. Ese Dios, sostiene Pablo, en quien «vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser», ha prometido a todas las personas humanas que «al seguir su camino hacia él» encontrarán a su Dios y, por lo tanto, serán encontradas.

Nuestra cultura nos ha entrenado para comportarnos de forma muy distinta, insistiendo en que podemos y debemos averiguar qué nos deparará el futuro y hacer nuestros planes en consecuencia. Pero la rapidez de los cambios y la incertidumbre desatada por COVID-19, entre otras cosas, nos lo han hecho imposible. No es que hayamos perdido la capacidad de «ver» lo que será, sino que hemos perdido la ilusión de que teníamos esa capacidad en primer lugar.

Nuestros antepasados no compartían esa ilusión. Sabían lo precaria que es la vida y, por lo tanto, hicieron planes con humildad y esperanza, pero no con certeza. Se podría decir que sintieron su camino, y nosotros debemos hacer lo mismo. De una manera extraña, la incertidumbre de este tiempo requiere que volvamos a aprender su manera de responder a Dios, una manera a la que se nos invita en el segundo verso de «Spirit Seeking Light and Beauty», el precioso poema escrito por Janet Erskine Stuart, RSCJ hace más de un siglo.

«Saborea y ve a Dios, siente y escucha a Dios, espera y agarra la mano invisible; Aunque las tinieblas parecen ocultar a Dios, la fe y el amor pueden entenderlo».

Agarrar la mano invisible de Dios, no por el conocimiento, sino por la fe, el amor y la humildad. John Hull llegó a la misma conclusión. Décadas después de grabar sus «Notas sobre la ceguera», las volvió a escuchar, revisando esos tres años desgarradores y, en última instancia, transformadores.¹ Después de especular sobre cómo sería volver a ver a sus hijos, o por primera vez, dejó de lado ese deseo inútil porque había llegado a reconocer que «ser humano no es ver; es amar».

De hecho, ver o saber puede convertirse en un impedimento para amar, o al menos podemos decir que no ver o saber puede hacer que el amor sea aún más posible, más puro, más plenamente humano. Y si ese es el caso, entonces estar «desposada con lo desconocido», incluso cuando no se elige al principio, puede ser el mayor regalo de todos. Después de todo, según investigaciones recientes, los matrimonios concertados tienen mayores probabilidades de perdurar que las «uniones de amor» inicialmente elegidas por los cónyuges. Pero los matrimonios concertados tienen más éxito cuando los cónyuges deciden entregarse el uno al otro de todo corazón, creando así uniones amorosas de otro tipo.

Los que luchamos en nuestra relación con lo que no conocemos estamos invitados a hacer esa misma elección en la fe, y el amor, y la humildad.

Mary Anne, líder provincial de la Congregación de Notre Dame en los Estados Unidos, reside en Fairfield, Connecticut.

¹ 1. Peter Middleton y James Spinney, directores del documental «Notas sobre la ceguera», www.nytimes.com/opdocs o YouTube, 2014